FERNANDO VELARDE Y EL ROMANTICISMO PERUANO

CARLOS GARCÍA BARRÓN

Pocos poetas han logrado en vida popularidad más vasta que la que alcanzó Fernando Velarde en América durante el pasado siglo, según nos afirman testimonios tan dignos de crédito como el de Menéndez Pelayo; pocos poetas han sufrido después un olvido tan absoluto. Intentaremos, dentro de los estrechos límites de esta ponencia, trazar un esbozo de nuestro biografiado, poniendo de relieve su ideario para centrarnos por último en su estancia limeña y el influjo que tuvo en el romanticismo peruano.

Nace Velarde en Hinojedo, cerca de Torrelavega, en la provincia de Santander, el 12 de diciembre de 1823. Son escasos los datos que tenemos acerca de su infancia, aunque parece probable que no fuese muy feliz a juzgar por estos versos que, escritos ya en su madurez y dirigidos a su hermana Felisa, aluden a aquella época:

> De diez y siete que fuimos
> sólo quedan sombras vanas.
> Detrás de ti quince féretros
> salieron de nuestra casa
> y quince veces doblaron en
> las torres las campanas.
> Mis campos están ya secos,
> mis cosechas agotadas . . .[1]

A los diecinueve años, Velarde parte para el Nuevo Mundo. Su iniciación poética arranca de este momento, en versos de gran emotividad que describen el dolor de su emigración a América en busca de mejor suerte. En Cuba la fortuna no le fue adversa. Colaboró, pese a su juventud, en varios periódicos de la isla, reuniéndose allí con su hermano mayor Ramón, residente en la isla por veinticinco años.

Pasado algún tiempo, Velarde regresa a España impulsado a ello por el gran amor de su vida. Truncada esta pasión, por motivos que desconocemos, regresa a Cuba en 1846 empezando, a partir de esa fecha, su peregrinaje por Hispanoamérica. Pasa a Panamá y de ahí a Lima en 1847, radicándose en la capital limeña de 1847 a 1855, casándose en el intervalo con una dama de la alta sociedad, hija del coronel Juan Francisco Balta. El espíritu inquieto de Velarde, unido a varios sinsabores experimentados en el Perú, le lleva a abandonar el país y a recorrer Chile, Ecuador, Guatemala y Méjico, entablando en todos ellos amistad con los poetas de dichos países. Tras unos años de rodar por el Nuevo Mundo, torna brevemente a Cuba, pasando después a los EE.UU., a Puerto Rico en 1865, El Salvador en 1873 y España en 1876. La decepción que siente en su patria le conduce a Londres, donde muere el 15 de febrero de 1881.

Afortunadamente para la posteridad, Fernando Velarde dejó testimonio de sus sentimientos poéticos en varios libros: *Las Flores del desierto*, publicado en Lima en 1848; *Cánticos del Nuevo Mundo*, que sale a luz en Nueva York en 1860; *La Poesía y la religión del porvenir*, de Barcelona, 1870. Redactó, además, un libro de gramática española que utilizó en el colegio que codirigió en Lima. Fue, igualmente, director de *El Talismán*, revista literaria que publicó durante su permanencia en Lima, y colaboró frecuentemente en periódicos de esa ciudad, principalmente en *El Comercio*.

Enfoquemos nuestra atención hacia el período de 1847 a 1855, fechas que comprenden su estancia en Lima. La llegada de Velarde al Perú coincide con el apogeo del romanticismo peruano que tiene su comienzo aproximadamente en 1848. Estos son justamente los años que evocará Ricardo Palma en su amenísimo libro, *La Bohemia de mi tiempo*. El autor de las *Tradiciones peruanas* toma parte en la febril actividad literaria de aquel momento en que una pléyade de jóvenes poetas irrumpe con brío en las letras de ese país. Aludo a Carlos Augusto Salaverry, Manuel N. Corpancho, Arnaldo Márquez, Clemente Althaus y Benjamín Cisneros, para citar únicamente a los más destacados. Todos ellos se consideran partidarios y exponentes del romanticismo. Ahora bien, cabe preguntarnos, ¿en qué forma llega el romanticismo al Perú? ¿Cuáles son sus características?

En primer lugar y como sucede a lo largo de los siglos XVIII y XIX, las nuevas corrientes literarias arriban a América después de florecer en España. Este es el caso concreto del romanticismo, cuyo auge en España se lleva a cabo en la década de 1835 a 1845. En el Perú los jóvenes adquieren conocimientos de este movimiento a través de la lectura precoz y desorbitada de los maestros franceses: Víctor Hugo, Chateaubriand, Lamartine, y de los ingleses como Sir Walter Scott y Lord Byron, y, finalmente, de españoles como Zorrilla, el duque de Rivas, García Tassara y Hartzenbush. De hecho, Zorrilla es el primero en ser devorado por un selecto público de lectores peruanos, puesto que circula una edición de sus obras en Lima en 1842. Mas debe indicarse que ni los dramas históricos ni las leyendas románticas españolas hicieron tanta mella como la poesía lírica del propio Zorrilla y de Espronceda. José de la Riva Agüero, sólido y mesurado crítico peruano, apunta acertadamente, a mi modo de ver, las razones en que se apoya esta predilección por la poesía:

> A primera vista parece que el carácter literario de los peruanos, sus condiciones de viveza y lucidez, y su genio satírico hubieran debido contrariar la influencia del romanticismo, moderándola. Sucedió así en algunos, pero por lo general, la exageración y hasta las ridiculeces de que no escaseaba la poesía romántica, encontraron en otras dos cualidades de nuestro carácter . . . Es la primera la meridional facundia y la predilección heredada de los españoles, por el énfasis y la altisonancia del estilo. Somos un pueblo impresionable y retórico y muy a menudo nuestro amor a la brillantez de la palabra predomina sobre nuestro despojado y burlón ingenio. Ha de recordarse esto si no se quiere tener de nuestra psicología una noción parcial e incompleta. Por ello nos enamoramos del resonante, espléndido y verboso romanticismo de

Hugo, Zorrilla, García Tassara y Espronceda. Por ello en los románticos del Perú, como casi todos los de España y de la América española, hay tanto de hueco y declamatorio. Es la segunda, la facilidad que tenemos para imitar la presteza y el entusiasmo con que adoptamos las novedades (lo cual no obsta para que nos lleguen tarde).[2]

Llega Velarde al Perú a los veinticinco años de edad, en 1847, y es rápidamente acogido por la flor y nata del mundo literario limeño. Ello se debe a que el poeta español los deslumbra con su poesía, prodigioso bagaje verbal, derroche de imágenes y metáforas, a cual más llamativa, en fin, con una lírica de marcada sensualidad, fruto de su estancia en Cuba y el Caribe en general. Aprovechando su popularidad, publica en 1848 sus *Flores del desierto*, en que recoge los poemas que más fama le habían dado hasta entonces. Va dedicado a un íntimo amigo suyo de la infancia y lleva un curioso prólogo de Dionisio Alcalá Galiano, otro trotamundos español, del cual me encargara hace unos años al estudiar su desconocida polémica con Esteban Echeverría a raíz del romanticismo argentino.[3] La premura del tiempo no me permite comentar las disparatadas observaciones de este preámbulo en que Alcalá Galiano, muy modestamente, pasa revista a toda la literatura española desde sus comienzos hasta el siglo XIX, concediéndola escaso valor, salvo alguna que otra obra como el *Poema del Mio Cid*. Huelga señalar que pondera efusivamente la obra de Velarde, afirmando que "bien merece figurar entre los mejores poetas líricos contemporáneos."

Para Velarde, el poeta es un ser privilegiado, el cual, situado en un pedestal, otea desde él a la humanidad, con todos sus vicios y defectos. Aunque en las *Flores del desierto* no glose en detalle su ideario, sí lo hace al prologar un libro de poesía de un gran amigo suyo y poeta también, Arnaldo Márquez. Considero esclarecedor citar la quintaesencia de su sentir poético:

> La función social del verdadero poeta, del sucesor de Moisés, de Isaías, de San Juan, es un ministerio santo, un pontificado augusto. Disipar las sombras, esparcir la luz, purificar la materia, redimir el espíritu, levantarse a todas las alturas, sondear todos los abismos, desbordarse por todos los espacios, presidir todos los tiempos, enaltecer todas las virtudes, santificar todos los infortunios, imprimir un sello de infamia eterna en la frente de todos los réprobos, propagar la palabra viviente, el verbo, la tradición de la eternidad y en fin glorificar en magníficas encarnaciones el sentimiento de lo bello, de lo sublime, de lo divino. He aquí el ministerio, he aquí la función grandiosa del verdadero poeta.[4]

Consecuente con su misión, el poeta habrá de sufrir frecuentemente el vilipendio, la incomprensión de la masa, pero es justamente este sufrimiento que le conducirá, a la postre, a la gloria eterna. Velarde refleja, pues, un ideario claramente romántico, compartido por sus amigos peruanos que se consideraban igualmente una élite privilegiada.

Expuesto su pensamiento poético, pasemos a analizar el contenido de las *Flores del desierto*. Varios de sus poemas versan sobre su primer y gran amor. En ningún momento nos revela Velarde la identidad de esta señorita, que conocemos únicamente por las iniciales J.A.T. Es evidente, a juzgar por su contenido, que esta pasión no fue correspondida, hecho que le proporciona a Velarde un tema perfectamente romántico, cultivado repetidamente no sólo en este libro sino en otras composiciones posteriores. Pese a su matrimonio con la hija del coronel Balta, Velarde lleva consigo en lo más recóndito de su corazón esta llama inextinguible que le acompañará hasta su muerte. Esta joven, idealizada por Velarde, se le aparece en una visión en que la ve suspendida en una nube de peregrina belleza:

> Allí la contemplo
> lánguida, inefable, aérea
> exhalando en tus suspiros
> aromáticas esencias.

El segundo tema presente en su obra es el dolor que siente al abandonar su patria. Citando a Espronceda, "Adiós patria . . . adiós amores," Velarde se considera desde ese momento víctima de un cruel destino:

> En tanto que iracundo me lanza a otras regiones
> el genio que preside mi triste juventud.

En otro momento alude nuevamente a la fortuna adversa que, según él, es una constante de su vida:

> Siempre me ha sido tan falaz la suerte,
> siempre me ha sido tan contraria y negra,
> que invoco a veces por solaz la muerte,
> nunca mi triste corazón se alegra.

Su genio solitario busca en las ruinas de la edad pasada "terrible inspiración fecunda." Se afana, y ésta es otra vertiente de su obra, en la búsqueda de la "misteriosa universal idea." Es decir, en dar con el significado de la existencia humana. Velarde murió sin llegar a encontrar la clave o respuesta que le proporcionara su ansiada tranquilidad espiritual. Las ilusiones perdidas no pueden ser recuperadas:

> Venid, venid espléndidos delirios,
> triste os espera el corazón abierto,
> puras esencias de fragantes lirios
> desiertas flores que engendró el desierto.

Como buen poeta romántico, Velarde, intranquilo y desdichado, busca en vano la soledad:

> Dadme sombras, dadme el caos,
> el mundo, el infierno, todo
> para poder a mi modo
> un universo formar.

El hecho es que para Velarde, así como para otros muchos poetas románticos, el tener que convivir en sociedad es de por sí un doloroso sacrificio. Esto se debe al agudo contraste entre su idealismo y espiritualidad *vis-à-vis* el materialismo que le rodea por doquier:

> La sociedad orgullosa
> esa gran familia humana,
> despótica soberana
> de la hermosa creación.
> Es un monstruo, un amalgama
> de ignorancia y de malicia
> de miseria y de codicia
> de indolencia y ambición.

Mas el poeta no se rinde y persiste en su búsqueda de esa armonía espiritual, anhelo que expresa en versos como éstos:

> Callaron las armonías
> de aquellos valles sombríos

y las nubes y los ríos
a su acento musical.
Y llenando los espacios
dominaba y presidía
la doliente sinfonía
del amor universal.

Velarde cantó a la naturaleza americana con un esplendor que recuerda continuamente la desbordante voz de José María de Heredia, el poeta del Niágara. La imponente grandiosidad de los Andes le embriaga y no se cansa de describir con el más encendido verbo del romanticismo, lagos, volcanes, cumbres, flores radiantes y aves de pedrería. Todos los colores del iris acompañados de grandes brochazos de nieve, de oro o de fuego, se unen aquí a todas las magnificencias orquestales del endecasílabo o del alejandrino. En suma: en las *Flores del desierto*, la producción es desigual. Hay composiciones realmente loables, octavas de estilo vigoroso, lengua castiza, versificación armoniosa y pensamientos bien concebidos. Otras, sin embargo, carecen de plan, les falta hilación de las ideas. Las menos aceptables son probablemente las más vehementes. A veces Velarde exhibe una tendencia a la pedantería, a la vanidad, sobre todo cuando lanza una retahila de citas históricas o enumera, sin mesura, a buen número de figuras de renombre universal.

Este somero muestrario del contenido de las *Flores del desierto* no descuella ciertamente por su originalidad. El éxito que obtuvo en Lima hay que atribuírselo a otros factores, principalmente de tipo coyuntural. Velarde es el *único* poeta español de cierto valer, ¿por qué negarlo?, que llega al Perú en el preciso momento en que el romanticismo empieza a impactar entre los literatos de ese país. Velarde, debido a su arrolladora personalidad, no tarda en granjearse la amistad de los intelectuales peruanos que le abren sus puertas, leen sus poesías y acaban por elegirle jefe de su movimiento literario. En otras palabras, más que por su mérito intrínsico, me parece que su alcance se debe a haber llenado un importante vacío en las letras peruanas debido a la falta de un titular nacional. Ricardo Palma aserta en este contexto:

> En los fluidos y armoniosos versos de Fernando Velarde encontrábamos un vago perfume de idealismo y misterio. Para nosotros no era un poeta discutible sino un poeta que se imponía. Lo admirábamos . . . Velarde nos fascinaba con su genio a pesar de los infinitos defectos de forma que caracterizaban su poesía.[5]

Claro es, no todos comparten este criterio. Poco después de publicarse las *Flores del desierto*, aparecen en las páginas de *El Comercio*, el periódico de mayor circulación de Lima, una serie de cartas y reseñas al editor sobre el libro, no todas elogiosas. Los que le critican le tildan de ser vehemente, de tener mal gusto, de mostrar resabios neoclásicos. Velarde, cuyo amor propio y orgullo estaban siempre a flor de piel, reacciona violentamente mediante cartas al director del periódico, defendiéndose de los ataques lanzados contra él. Es más, parece que un día se encuentra en la calle con uno de sus más encarnizados enemigos y procede a liarse a garrotazos, cómico lance del que salió mal parado Velarde al recibir un tremendo golpe en un brazo, inutilizándoselo por una larga temporada. Sus numerosos amigos salen inmediatamente a la palestra con el fin de defenderle. Un anónimo vate manda estos versos que salen a luz en *El Comercio:*

> No te amedrente el ponzoñoso dardo
> de turba vil que, con rencor bastardo,
> te provoca y te insulta . . . ¡Firme lidia!
> Porque jamás vio el mundo, noble bardo,
> fuego sin humo, gloria sin envidia.

Y la polémica prosigue por unos meses. Velarde no dejó de ser nunca personaje controvertido.

Analizado el ideario literario de Velarde así como las principales características de las *Flores del desierto*, conviene detenernos brevemente para indicar la índole de sus lecturas e influencias. Ante todo hay que declarar un hecho: Velarde es autodidacta. Podemos afirmar que poseía un buen conocimiento de la lengua española, según constatamos al repasar su libro de texto sobre la gramática española que utilizaría posteriormente en el colegio Zapata de Lima. De mayor interés para nosotros es verificar las fuentes literarias en que bebió. Para ello hay que recurrir a un cuidadoso rastreo de su obra impresa. Habiéndolo hecho, me atrevo a sugerir que, pese a la alusión que hace frecuentemente a los poetas ingleses y franceses, no creo que llegara a leerlos con detenimiento y si lo hizo fue en alguna de las traducciones que abundaban por aquel entonces en Lima. Es cierto que a menudo cita a Lord Byron, calificándolo de genio al igual que Chateaubriand y Víctor Hugo, pero sospecho que más que resultado de una lectura seria y concienzuda, obedecía a un deseo de querer impresionar. Sus numerosas referencias a Cervantes, Virgilio, Ercilla, Goethe, Dante, Milton, Shakespeare y otras figuras de talla mundial, tampoco deben interpretarse como consecuencia de un estudio profundo de sus obras. Me inclino a creer que sus modelos fueron, ante todo, españoles, principalmente Zorrilla y Espronceda. Es más, en un determinado momento, el 12 de julio de 1848, Velarde se defiende en las páginas de *El Comercio* de una crítica hecha por un autor anónimo que le acusa de plagiar a Espronceda. Como respuesta, Velarde declara:

> Es verdad que amo profundamente a ese genio portentoso; es verdad que miro sus inmortales concepciones con admiración idólatra; es verdad que adoro los prodigios de su gloriosa inteligencia tal vez en mayor ternura que a las tristes hijas de mis propios sentimientos; pero también es cierto que mi orgullo es tan suspicaz, tan independiente que me desdeñaría de que mis versos parecieran imitaciones suyas.

Espronceda fue uno de los pocos poetas románticos españoles cuya vida y obra están íntimamente vinculadas, es decir, no fue un poeta de cámara sino un hombre que vivió plenamente. Es posible que Velarde se identificara con los avatares del autor de *El Estudiante de Salamanca*. Por otra parte, no se encuentra en los versos de Velarde una imitación deliberada de la poesía de Espronceda. En cuanto a Zorrilla, es evidente que su obra había sido leída en buena parte por nuestro poeta.

Resulta difícil dar con el fiel de la balanza a la hora de enjuiciar la obra de Fernando Velarde en el Perú. Dejando

de un lado las opiniones de los propios peruanos, divididos entre sí, considero oportuno apoyarme en la opinión de un paisano de Velarde, también oriundo de la misma patria chica, Santander. Me refiero a don Marcelino Menéndez Pelayo, el cual, después de haber leído parte de la obra de Velarde, resume sucintamente su parecer con estas palabras:

> Talento original pero inculto y bravío; imaginación poderosa cuanto desquilibrada; un mal gusto parecía ingénito e indomable, puesto que resistió a toda disciplina y fue creciendo monstruosamente con los años; alma vehemente, apasionada y triste, con dejos de candor infantil y visiones de iluminado; una potencia de versificador capaz de levantar en peso las moles de los Andes, pero de la cual usaba y abusaba sin tino ni juicio, convirtiéndose muchas veces en retumbante zurcidor de alejandrinos huecos; un sentimiento profundo y casi místico de la Naturaleza; elevadas aunque confusas aspiraciones de ultratumba; un idealismo más germánico que español, ataviado con el sombrero de jipijapa y el lujo charro del indiano de nuestra costa cantábrica; todas estas cualidades a primera vista inconciliables, concurrían en el fecundo y excéntrico vate de Hinojedo, a quien nuestra historia literaria ha olvidado malamente, porque en condiciones nativas fue superior a muchos y en influencia fuera de su tierra, sólo Zorrilla, Espronceda y Tassara pueden aventajarle entre nuestros románticos.[6]

University of California, Santa Barbara

[1] Fernando Velarde, selección y estudio de Leopoldo Rodríguez Alcalde, *Antología de escritores y artistas montañeses* (Santander: Imprenta de la librería moderna, 1959), tomo 38, p. XV.

[2] José de la Riva Agüero y Osuna, *Obras completas* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1962), tomo I, p. 138.

[3] Carlos García Barrón, "Nuevos datos sobre la polémica entre Esteban Echeverría y Dionisio Alcalá Galiano," *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, 33, núm. 127-8 (enero-junio, 1968), 77-108.

[4] *Poesías de D. José Arnaldo Márquez* (Lima: Imprenta de D. Fernando Velarde, 1853), p. 2.

[5] Ricardo Palma, *La Bohemia de mi tiempo*, prólogo y notas de Augusto Tamayo Vargas (Lima: Ediciones Hora del Hombre, 1948), p. 56.

[6] Federico Carlos Sainz de Rodríguez, *Escritores españoles e hispanoamericanos* (Madrid: Aguilar, 1953), tomo 11, p. 1178.